Un mito universal
ESPARTACO

La novela, el cine, el teatro, el ballet, el arte y la política han recreado mil veces la peripecia del esclavo que levantó a los gladiadores de Capua e hizo temblar a Roma. **J. M. Blázquez** y **J. Cabrero** sitúan en la realidad el desconocido perfil del personaje y las andanzas del ejército sublevado

Hace 85 años, el 15 de enero de 1919, dos de los principales dirigentes de la izquierda alemana, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron asesinados en Berlín. Su muerte sellaba el principio del fin del partido espartaquista, que se había unido al partido comunista dos semanas antes. ¿Por qué había adoptado semejante nombre una facción desgajada del socialismo alemán? ¿Por qué, a partir de 1916, se habían opuesto a la Gran Guerra desde una revista titulada *Spartakus*? Sencillamente porque para los marxistas, aquel gladiador esclavo que se levantó en Capua contra Roma constituía un prototipo de la rebelión proletaria contra el capital.

Hace tres años, la película *Gladiator* renovó la actualidad de un tema siempre atrayente, el mundo de los gladiadores, del circo romano y de sus sangrientos espectáculos. Un tema rodeado de cierto misterio y de un encanto hasta cierto punto romántico. A su estela, se montaron numerosas exposiciones que recreaban la vida y la historia de estos luchadores; la primera de ellas la inauguró el British Museum, de Londres, bajo el título *Gladiators and Caesars*; durante el segundo semestre de 2001 se abrió la más importante, en el marco incomparable del Anfiteatro Flavio de Roma, con el título *Sangue e Arena*. En España, concretamente en Alcalá de Henares, pudo visitarse en el otoño del mismo año, una interesante muestra titulada *Máximo, Espartaco y otras estrellas del espectáculo*, sobre la vida y la muerte de los gladiadores.

José Mª. Blázquez, de la Real Academia de la Historia y **Javier Cabrero**, doctor en Historia

A los organizadores alcalaínos les ocurrió como a todos, que cuando pensamos en un gladiador, de inmediato nos viene a la mente el nombre del prototipo, Espartaco, inspirador y máximo dirigente de una revuelta que puso en evidencia la escasa preparación de las legiones romanas y la escasa capacidad de los generales, que durante dos años fueron incapaces de sofocarla. Gracias a todo esto, durante los últimos años la figura de Espartaco se ha visto revitalizada y son numerosos los especialistas que se están encargando de revisar el significado de la rebelión de los gladiadores, en el contexto de la crisis que envolvió a la República en el final de la primera mitad del siglo I a.C.

El paladín de la libertad

El creador del mito de Espartaco como paladín de la libertad fue el teórico del socialismo, Karl Marx, quien en una carta dirigida a Federico Engels, el 27 de febrero de 1861, acaba afirmando que Espartaco era el genuino exponente del proletariado antiguo. El gladiador de Capua se convertiría en un símbolo, en el indiscutible cabecilla de los oprimidos en su lucha contra los opresores y, con el auge de la historiografía marxista, sobre todo en el ámbito soviético, en el perfecto proletario en su lucha contra la explotación del capitalismo. Estas ideas que fueron potenciadas, sobre todo, por Lenin, y plasmadas por escrito en la obra de Miulin, *Spartakovskoe vosstanie*, de 1936.

Se trata esta –no podía ser de otra manera– de una visión un tanto sesgada y parcial de la realidad histórica. Espartaco y la mayoría de los que se unieron a él eran proletarios, sí, pero en el sentido ro-

Más de seis mil gladiadores y esclavos, apresados por Licinio Craso tras su victoria sobre Espartaco, fueron crucificados en la Vía Apia, en dirección a Capua, como escarmiento para evitar toda nueva tentación rebelde (por Feodor Andreievich Bronnikow, 1827-1902).

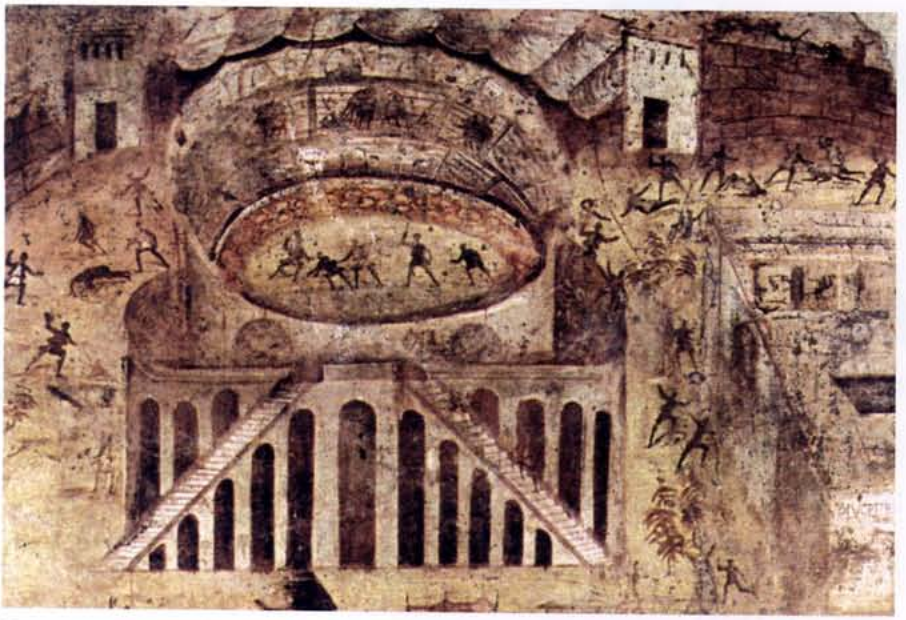
mano del término, es decir, aquellos miembros de la sociedad que no poseían nada excepto la prole, la descendencia. La lucha de clases, en la que estaría implicado Espartaco, aplicada por la historiografía marxista al mundo antiguo, es algo que difícilmente se puede sostener en la actualidad, y como bien señala Salustio, el historiador romano del siglo I a.C., hablando de las revueltas de esclavos: "Pocos querían la libertad, la mayor parte de ellos lo que deseaban era un amo justo".

Datos controvertidos

En un lapso de tiempo de poco menos de 70 años, Roma tuvo que hacer frente a tres revueltas serviles, la de Aristónico en Asia (132-130 a.C.), la de Euno en Sicilia (136-132 a.C.) y la más peligrosa de todas, la de Espartaco (73-71 a.C.) en Italia, pues en las dos primeras habían sido simplemente esclavos, pero en esta, el foco principal de los sublevados eran gladiadores, hombres perfectamente adiestrados para luchar hasta la extenuación y que se enfrentaban con la muerte a diario, por lo que estaban acostumbrados a afrontarla.

Casco de gladiador, fundido en bronce (Nápoles, Museo Arqueológico Nacional).

Pero ¿quién era este Espartaco, que puso en peligro la integridad de Roma? Los datos biográficos proporcionados por los autores antiguos son escasos y, en ocasiones, contradictorios. Según Plutarco, era un tracio de la tribu maida que había renunciado a sus raíces bárbaras y estaba completamente helenizado. Apiano bebe prácticamente en las mismas fuentes y señala que era de origen tracio y que, tras combatir contra los ro-



Como en nuestros espectáculos deportivos actuales, tras la competición dentro del estadio, **los espectadores romanos dirimían sus diferencias de opinión en el exterior** (Nápoles, MAN).

manos, fue apresado y luego vendido como esclavo a un traficante de gladiadores de Capua, que lo habría convertido en mirmillón, el tipo más popular de los luchadores en el circo. Floro simpatiza poco con el personaje: le describe como un mercenario tracio, que se transformó en soldado, luego en desertor, ladrón y esclavo gladiador, gracias a su extraordinaria fuerza física. Varrón, por el contrario, muestra simpatía hacia él: su paso de soldado a esclavo se produjo sin que él hubiese cometido ninguna falta.

Entre los historiadores más recientes, como Theodor Mommsen (1817-1903), acepta los datos de Floro, pero va más allá y asegura que Espartaco probablemente pertenecía a la noble raza de los Espartácidas, que había sido un hombre ilustre en su patria y que incluso llegó a sentarse en el trono de Panticapea, en Crimea. Esta teoría fue adoptada por el antiguo catedrático de la Complutense, Santiago Montero Díaz, quien añadía de su cosecha que el gladiador pretendía regresar a Tracia y una vez allí proclamarse rey, tal y como había hecho Euno en el siglo II a.C., tras la revuelta de esclavos de Sicilia.

Menos prestigio, más sangre

Para entender cuáles fueron los motivos de la rebelión de los gladiadores, sin descartar totalmente los ya enunciados, deberíamos remontarnos al significado de los *munera gladiatoria*, que fueron introducidos por los etruscos en Roma. (Ver *La Aventura de la Historia*, nº 23, septiembre 2000: "Gladiador, la muerte como espectáculo"). Durante siglos, los combates de gladiadores formaron parte de los rituales religiosos relacionados con el culto a los difuntos, al igual que en Etruria y en Grecia; aunque solamente hay noticias de ellos a partir del año 264, cuando Marco y Decio Bruto organizaron un combate para honrar la

Cultura y política

Ha sido la cultura soviética la encargada de dar un mayor impulso al mito de Espartaco. Aram Jachaturian compuso el ballet *Spartacus* en 1956 y fue estrenado con coreografía de Y. Vamos; en 1968 se representó en el Bolshoi de Moscú con coreografía de Jacobson y la interpretación de Vassilev; el pasado verano fue representado por el Ballet Clásico de Moscú en el teatro Romano de Mérida. Pero no solamente los músicos soviéticos se han ocupado de este mito: en Viena, en 1726, se estrenó un drama musical representado en el Halftheater. Ya en el siglo XX el músico de Jazz, Bill Evans (1929-1980), le dedicó una de sus composiciones, *Spartacus Love Theme*.

Los artistas plásticos también han recreado la figura del mirmillón rebelde. Feodor Bronnikow (1827-1902) representó a Espartaco crucificado en el marco de la Vía Apia sembrada de esclavos en el patíbulo, tras su derrota. El escultor Ernest Barrias (1841-1905), en su obra *El juramento de Espartaco,* le representó junto a un esclavo griego herido.

Su mitificación más importante de cara al gran público fue la magnífica película de Stanley Kubrick, *Espartaco*, con un reparto encabezado por Kirk Douglas, Lawrence Olivier y Jean Simons. Estrenada en 1960, ha acaparado la atención hasta nuestros días, hasta el punto de que fue totalmente restaurada en el año 2000, por la magnifica recreación ambiental de los hechos, teniendo en cuenta las consabidas licencias que habitualmente se toma este tipo de producciones.

Aunque son numerosas las novelas históricas que se han centrado con cierta o ninguna precisión, recordaremos aquí una –que merece comentario aparte, porque fue la base para el guión de la producción de Kubrick: Spartakus, de Howard Fast.

Los radicales alemanes

El nombre de Espartaco va indisolublemente unido a un grupo radical comunista desgajado del Partido Social Demócrata Alemán (SPD) en 1916, que tuvo por dirigentes a Rosa Luxemburg (1871-1919) y Karl Liebknecht (1871-1919), quien firmó con el nombre de Espartaco una serie de artículos en los que se mostraba contrario a la I Guerra Mundial y en los que abogaba por la lucha conjunta de los trabajadores para derribar el sistema capitalista. Tras el armisticio de la guerra, en 1918, la abdicación de Guillermo II y

¡Vota Spartakus!. Los espartaquistas pretendían eliminar la República de Weimar.

la proclamación de la República de Weimar, en noviembre-diciembre de 1918, los espartaquistas fundaron el Partido Comunista Alemán (KPD) y en enero de 1919 organizan un levantamiento semejante al bolchevique, que tuvo su principal foco en Berlín. Las tropas gubernamentales reprimieron duramente la revuelta, apresaron a Rosa Luxemburgo, y a Karl Liebknecht, y les ejecutaron cuando eran conducidos a la prisión. Sin embargo, los espartaquistas sobrevivieron a estos sucesos y sus ideas arraigaron en numerosos países, e incluso hoy en día su ideario pervive en algunos grupos políticos de extrema izquierda.

J.M.B. y J.C.

memoria de su padre. Esta tradición fue continuada por Emilio Lépido, en el 216; por Escipión el Africano, que en el 206 los organizó en Cartagena para honrar a su padre y a su tío muertos unos años antes en Hispania; por Valerio Levino en el 200, etcétera. La financiación siempre era privada, y solamente a partir del año 105 a.C., debido a la popularidad que habían adquirido, el Estado decidió costear una representación anual. Era, sin duda, una decisión de fuerte calado político, pues los juegos funerarios de gladiadores se habían convertido en el espectáculo popular más preciado por los romanos; se cuenta que hubo ocasiones en las que los asistentes a las representaciones teatrales abanderaron sus asientos a mitad de la función para asistir a la lucha que iba a celebrarse,

El hecho de que los *munera gladiatoria* formaran parte del ritual religioso funerario, es probable que prestigiara a quienes intervenían en ellos. Recordemos que, en un principio, no eran privativos de los esclavos, sino que también intervenían ciudadanos libres por propia voluntad y, en muchas ocasiones, legionarios o auxiliares, que podían haber servido bajo las órdenes del difunto, en señal de agradecimiento y respeto.

Aseguran que Espartaco combatía como *mirmillón*: escudo legionario, espada corta, casco cerrado, protección en pierna izquierda y brazo diestro. Solía enfrentasrse al *retiario*.

Para los esclavos, que con el paso del tiempo se convirtieron en los intérpretes mayoritarios de estos espectáculos, formar parte de estos rituales religiosos debía ser un motivo de satisfacción, además de un camino para comprar su libertad, pues les proporcionaba un cierto prestigio social que, sin duda, les compensaba del riesgo que corrían. Con su progresiva popularización los juegos se fueron secularizando, aunque todavía en época de César se dieron espectáculos gladiatorios de carácter fúnebre, como los que el propio César organizó cuando era edil en memoria de su padre, y que no pudo llevar a cabo con todo el esplendor que él hubiera deseado, pues el Senado limitó, a 320 el número de parejas que podían intervenir, temiendo que pudiera suscitarse una nueva rebelión similar a la de Espartaco.

Esta secularización no debió ser muy del agrado de los gladiadores, que experimentaron cómo su oficio dejaba de ser contemplado con admiración y reverencia, para convertirse en un simple espectáculo brutal, en el que se jugaban la vida para entretener a unos ciudadanos ociosos que no sentían ningún respeto por lo que estaban haciendo y a los que lo único que les interesaba era el aspecto sangriento del combate.

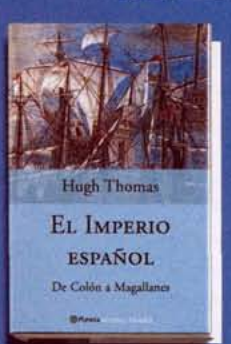
Probablemente es en esta situación de decadencia, embrutecimiento y desesperanza donde deben buscarse las motivaciones profundas de la rebelión de los gladiadores. Sin duda, no serían ajenos los deseos de recuperar la libertad

www.editorial.planeta.es

La historia del más brillante general republicano

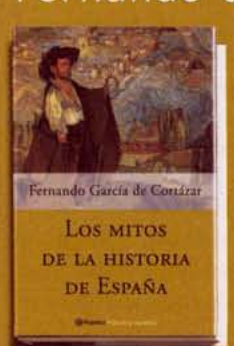
VICENTE ROJO, EL GENERAL QUE HUMILLÓ A FRANCO
Carlos Blanco Escolá
El militar que hizo morder el polvo al Invicto Caudillo.

Un relato épico sobre los inicios del Imperio español



EL IMPERIO ESPAÑOL
DE COLÓN A MAGALLANES
Hugh Thomas
Las hazañas de los conquistadores que forjaron un imperio para España.

Un nuevo hito en la trayectoria de Fernando García de Cortázar



LOS MITOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA
Fernando García de Cortázar
¿Qué hay de cierto y qué de falso en los mitos sobre España y los españoles?

Las mejores curiosidades de la historia

NUEVOS ENIGMAS HISTÓRICOS AL DESCUBIERTO
César Vidal
El autor se enfrenta con veintisiete enigmas y los resuelve de manera sólida y documentada.

Planeta

Representación decimonónica de Espartaco, con una argolla de esclavo en su pie derecho (Vincenzo Vela, 1820-1891).

y poder regresar a sus países de origen, tal y como tradicionalmente se ha venido defendiendo, aunque a tenor de cómo se desarrollaron los acontecimientos, no parece que ésta fuera la motivación principal.

El mirmillón se subleva

La sublevación de Espartaco arrancó de la cocina de la escuela de gladiadores de Lentulo Batiato en Capua, donde se apoderaron de los utensilios cortantes que allí había, pues realizaban los entrenamientos con armas de madera o sin filo y recibían armas reales en la arena, instantes antes del combate. Esto era así, sobre todo, para evitar accidentes en los entrenamientos y reyertas mortales en la difícil convivencia de los recluídos; un gladiador era un bien muy preciado como para perderlo inútilmente. Claro, que siempre existiría cierta desconfianza hacia estos hombres de extraordinario vigor físico y de gran habilidad en todo tipo de lucha.

Los gladiadores supieron aprovecharse, se ignora si de un modo consciente o por casualidad, de la debilidad militar que atravesaba Roma en aquellos momentos, con la mayor parte de sus legiones muy alejadas de Italia, ocupadas en campañas militares que las tenían comprometidas, en Hispania contra Sertorio y, en El Ponto, frente a Mitrídates.

Tras apoderarse de la escuela –según las fuentes, no serían más de 70– huyeron hacia el Vesubio. La noticia de la sublevación se difundió con rapidez y poco a poco se les fue uniendo un considerable número de descontentos, muchos de los cuales eran simples campesinos, que llegó a alcanzar la cifra de entre 40.000 y 70.000.

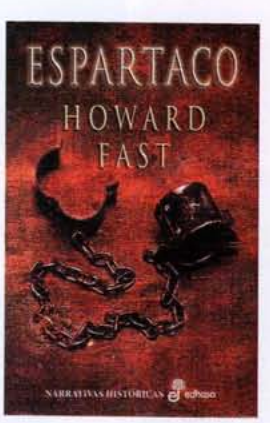
La sublevación contó, además, con la inconsciencia del Senado, que la contempló displicentemente, considerando que la represión de una revuelta de simples esclavos no merecía empeñar tropas de élite, por lo que enviaron a Clodio Glabro con una fuerza 3.000 hombres. Glabro fue derrotado con facilidad por los sublevados, y también Varenio y Torano. Eso permitió que los sublevados recorrieran Campania saqueando numerosas ciudades, entre otras Nola, Nuceria, Thuri y Metaponto. Después se dirigieron hacia Módena, en cuyas proximidades derrotaron a Casio. Su marcha hacia el norte hizo parecer que trataban de escapar de Italia, atravesando los Alpes, pero o bien esa no fue su idea o bien cambiaron los planes; el hecho es que Espartaco regresó hacia al sur, derrotó nuevamente a los romanos en el Piceno y alcanzó Calabria con la intención de pasar a Sicilia, para lo que estableció con-

ESPARTACO SE BENEFICIÓ DE LA DISPLICENCIA SENATORIAL, QUE MINIMIZÓ LA REVUELTA Y QUISO CONTROLARLA CON TROPAS REDUCIDAS

UNA NOVELA FASCINANTE

Cuanto a ciencia cierta se sabe sobre Espartaco está en el presente artículo; por tanto, la novela de Howard Fast es sólo eso, novela. Pero tras este magnífico libro hay toda una historia: Howard Fast formó parte del Comité de Ayuda a los Refugiados Antifascistas, organización norteamericana que compró un viejo convento en Francia y lo convirtió en hospital para atender a los refugiados españoles. Una década después, iría a la cárcel porque, durante la persecución macarthista, se negó a proporcionar los nombres de sus compañeros de asociación y de los benefactores de aquella obra.

Y en prisión comenzó a pensar en Espartaco. No le fue fácil. Primero tuvo que conocer la época y lo poco que sobre el personaje habían escrito unos y otros. Segundo, se empeñó en aprender latín para mejor conocer el mabiente en que se movió el personaje y su rebelión. Y, escrito el libro, tuvo que intentar, en vano, convencer de sus bondades a unos editores aterrados por Hoower y MacCarthy. Tanto es así que la primera edición, 1951, la editó por su cuenta... Luego vendería millones de ejemplares.



Fast, por tanto, no sólo se sumergió en la Roma del siglo I a.C., en el mundo de los gladiadores, de los esclavos, del ejército, de la alta sociedad y del Senado, sino que sufrió en sus propias carnes la persecución y la privación de libertad. Por eso, el libro no es sólo bueno desde el punto de vista técnico. Es, también, desgarrador y tan impresionante que conmovió al actor Kirk Douglas, que fue el que convenció a la Universal para que hiciera la famosa película.

J. DÍEZ ZUBIETA

HOWARD FAST, *Espartaco*
Barcelona, Edhasa, 2003,
504 páginas, 25 €

tacto con piratas cilicios, que se encargarían del transporte por mar.

¡Cercados!

Pero, ¡fíate de piratas! los cilicios, que habían cobrado el servicio por adelantado, no cumplieron lo convenido. A partir de aquel momento, a finales del verano, o principios del otoño del 72 a.C., el Senado se tomó en serio a Espartaco, cuyas correrías por Italia habían recordado la amenaza de Aníbal, un siglo antes e, incluso, algunos comparaban el genio militar del gladiador con el del general cartaginés. Roma nombró a Licinio Craso para que acabase con la amenaza y le entregó 8 legiones (unos 40.000 hombres) para que llevase a cabo su misión.

Los primeros encuentros tampoco fueron satisfactorios para Craso, quien nada más hacerse cargo del ejército castigó duramente a las tropas que habían sido derrotadas con anterioridad. También fracasó en su intento de aislar en Calabria a los sublevados construyendo un muro de cerca de 60 km, de costa a costa (del Golfo de Santa Eufemia al de Squillace) para evitar que salieran de la región. Aprovechando la mala climatología, probablemente en el mes de febrero del 71 a.C., los seguidores de Espartaco derribaron un sector de la muralla y lograron huir hacia Lucania, la actual Basilicata.

Pero la fortuna de la sublevación comenzó a debilitarse en cuanto las tropas profesionales romanas estuvieron listas. Dos derrotas consecutivas obligaron a Espartaco a retroceder y dirigirse al sur, hacia Brindisi. Era el final: los esclavos estaban embotellados en el tacón de la bota italiana, acosados desde el norte por Craso y desde el sur por las tropas de Pompeyo, que acababan de regresar de Hispania y por las de Lúculo que había vuelto de Asia. A Espartaco sólo le quedó la alternativa de rendirse o presentar batalla frontal a las legiones de Craso, algo que había tratado de evitar hasta entonces.

El resultado era previsible: inferiores en número y carentes de la disciplinada técnica militar de las legiones, los esclavos fueron derrotados. Antes del combate, Espartaco había soltado su caballo diciendo que si vencía tendría como botín todos los caballos romanos, y si era derrotado, no le haría falta. Espartaco murió en la batalla, pero su cadáver no fue encontrado, lo que contribuyó a agrandar su leyenda. Durante los días siguientes fueron crucificados más de 6.000 rebeldes a lo largo de la Vía Apia o de la Vía Latina, para que sirvieran de escarmiento a cuantos pudieran soñar con repetir la aventura.

El misterio de la rebelión

El lector advertirá lo poco que, realmente, se sabe de Espartaco y de su sublevación. Se desconocen sus orígenes, los motivos de su estallido, las causas de su errática conducta e, incluso, el fin del mirmillón que se convirtió en leyenda.

El recorrido dirigido por Espartaco, junto con Criso y Enomao, los otros dos cabecillas de la revuelta, tras abandonar Capua y refugiarse en el Vesubio, no parecen confirmar sus deseos de abandonar Italia y alcanzar la libertad. Durante más de dos años vagaron de sur a norte y de norte a sur, sin dar muestra alguna de que tuvieran un plan de actuación bien definido. Unos lo achacan a la heterogeneidad de las fuerzas de Espartaco, formadas por celtas, germanos, galos y tracios, pero entre las que también había muchos itálicos: mientras unos deseaban regresar a sus países de origen, otros pretendían dedicarse al bandidaje y saquear las ricas ciudades de Italia, y sin era posible, incluso Roma.

Hay quienes explican ese proceder errático a la multiplicidad en el mando. Espartaco no era el único cabecilla, y tanto Criso como Enomao, ambos de origen galo, tenían partidarios dispuestos a seguirles, como se demostró en varias ocasiones, como cuando Criso, en la primavera del 72 a.C., se separó de Espartaco y se llevó consigo a un numeroso grupo de Celtas, siendo exterminado junto al Gargano, o tras el bloqueo en la Calabria, al que se vio sometido por parte de Craso.

Otro hecho que hasta cierto punto desmonta la teoría de que lo que realmente deseaba Espartaco era lograr la libertad para él y sus seguidores y que pudieran regresar a sus países de origen, es la extremada violencia con la que se emplearon en numerosas ocasiones. Orosio habla de una matrona romana que decidió suicidarse por haber sido deshonrada por los rebeldes. El propio Espartaco obligó a muchos prisioneros romanos a combatir como gladiadores para que sirvieran de diversión al ejército esclavo; tras la muerte de Criso en el Gargano, le rindió honores fúnebres dignos de un general romano y ordenó que se celebraran combates entre los prisioneros junto a la pira funeraria, incluso Apiano menciona el sacrificio de 300 romanos, en honor del difunto.

En definitiva, la revuelta de Espartaco, magnificada posteriormente por la Historia, supuso un serio contratiempo para Roma, no por la peligrosidad que ésta tuviera en si misma, sino por la confluencia de dos factores: los importantes conflictos que absorbían su interés y sus legiones (Sertorio y Mitrídates) y la inconsciencia senatorial de considerar a los sublevados como una "pandilla de desarrapados", sin tener en cuenta que muchos de ellos eran gladiadores, hombres perfectamente perfectamente adiestrados en el combate individual, y si advertir que habían logrado cierta cohesión y organización interna. Incluso después de la victoria, era tan poca la consideración que Roma tenía por aquel tipo de guerra –a la que llamaban genéricamente, *bellum servile*– que a Craso no le fueron concedidos los honores del triunfo. ■